Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
5	0	3	9	4	0
5	4	8	6	1	0
2	3	0	6	1	1
8	0	2	7	1	0
7	8	9	6	0	1

CARTAS DESCONOCIDAS DE JULIO CORTAZAR (1939-1945) Página/2/3



Verano/12

ROSA

(Por Luis Gruss) Rosa era su amiga y ese viernes a la noche no tenía nada que hacer. El marido había salido en viaje de negocios, como siempre. Y ella no tenía ganas de quedarse, como siempre, viendo televisión con su hija de tres años. Se ofreció entonces para cuidar a los hijos de Carlos, su amigo separado, que la esperó listo para salir en su departamento de Parque Centenario.

Rosa era su amiga y llegó a las diez, como habían arreglado. Alguna extraña razón hizo que apareciera vestida como para una fiesta. Tostada por el sol de todo el día, llevaba un vestido desflecado, color crema, que había comprado en Bahía el año pasado. Sus ojos estaban pintados como los de una diosa egipcia. Y lo que vio Carlos cuando abrió la puerta fue eso, una diosa.

Estás hermosa, le dijo casi involuntariamente.

Rosa entró en la cocina, puso agua para un té, y pocos minutos después estaba acostando a los tres chicos en el diván del living. Carlos tenía que salir a las diez, pero a las once seguía demorando sus movimientos.

Entró al baño, se peinó y se lavó la cara por tercera o cuarta vez en un lapso de media hora. Cuando salió encontró a Rosa sentada en el suelo contándole un cuento a su hija, todavía despierta. Los flecos del vestido bahiano caían ahora a la altura de los muslos. Las piernas recogidas, desnudas hasta el borde de la bombacha negra, se exhibían impúdicamente. Y ella lo sabía.

¿No se te hace tarde?, le preguntó.

Carlos apagó la luz y dijo que no. Había tomado una decisión. Entró a su pieza, prendió un cigarrillo y se recostó sobre la cama a esperar lo que fuera.

La puerta estaba entreabierta. La voz suave y afinada de Rosa dejaba oír las frases finales de un relato.

Y el caballito de siete colores desapareció del palacio por encanto, como un globo que se lleva el viento.

Cuando la hija se durmió, y sin decir palabra, caminó en puntas de pie hasta donde brillaba débilmente el cigarrillo de Carlos. Se sentó junto a él en un borde de la cama. La oscuridad era completa y ninguno de los dos podía ver al otro. El la abrazó desde atrás en un impulso casi irracional. Y Rosa lo dejó hacer. Por el tintineo de aros y pulseras rodando por el suelo Carlos comprendió que ella se estaba sacando el vestido. En silencio, hizo lo mismo. Rosa le dijo, casi le ordenó:

Prendé la luz. Quiero verte desnudo.

LECTURAS

Mayo de 1940. Chivilcoy

Dear friend:

¿Sabe una cosa? Recibí su carta. La recibí el martes pasado, luego de una serie de peripecias en las que tomaron parte activa un cartero distraído, un buzón equivocado, una vecina, dos chicos, y cuarenta y ocho horas de tiempo. (Con el tiempo solemos ser injustos, y lo excluimos de nuestros repartos, ¿pero no es él, acaso, el arquitecto supremo? A menos que, como Kant, pensemos que... pero no he de empezar con abstracciones; sorry!)

Usted dirá que bien pude hablarle por teléfono para comunicarle la noticia; pero yo —al margen de mi horror hacia ese insecto monstruoso, dotado del don de la palabra— creí preferible escribirle; con el agregado lamentable de que una serie de problemas familiares (una enfermedad de mi hermana) me alejó de la paz y del silencio, condiciones "sine qua non" de mi capacidad epistolar. ¿Es esto una excusa? Nada de ello; apenas una explicación.

Nota importante e inevitable; ahora sí me convencí de que usted no entiende cuando le escribo en inglés (!). Lo veo por la serie de preguntas dubitativas que me formula acerca de mis estados de ánimo con referencia al famoso concurso. ¡Yo, que estaba convencido de haberme expresado con toda claridad! Bueno, habré de convencerme: el inglés no es para mí... Y paso a aclararle sus dudas en mi mejor y más prolijo castellano.

No estuve ni estoy "upset". ¡Dios me libre! Tuve una primera sorpresa. ¡Estaba tan seguro de que premiarían mi libro! ("Vanitas vanitatem", sí: pero condición humana también, y no tengo por qué fingir estúpidas modestias.) Leí diez veces el nombre del ganador. Pues... no decía Denis... y se acabó. No aventuraré mi opinión hasta tanto se publique la obra; hoy me enteré, en Chivilcoy, de que en algún diario o revista de Buenos Aires apareció una declaración del jurado en la cual se menciona especialmente mi libro. ¿Sabe usted algo de eso? Han quedado en averiguarme con precisión esa noticia que, de todos modos, confirma la inteligencia de Borges y E (As you can see, I don't hide my thoughts).

Me ha escrito usted una carta filosófica. Femeninamente filosófica, es decir, procediendo con una arrolladora sucesión de impulsos y emociones. En realidad, tiene usted mucha razón al suponer que esos problemas se hallan "beyond explanation"; pero encuentro poco consistente que, a manera de solución —o de sucedáneo— se lance usted a estudios como los que puede ofrecerle la Facultad. Cierto que aquello es una disciplina (y, según sus justas palabras, "a way of filling, or killing, life"); y que todo estudio supone nuevos problemas y nuevas esperanzas. Con todo, yo he aprendido a través de algunos años de lectura y pensamiento, que la solución a esos problemas no viene jamás del exterior. Si alguna vez se despierta usted con la respuesta justa, es que la habrá encontrado en las raíces mismas de su ser por vía de revelación, acaso... ¿Se acuerda de la famosa frase? "No me buscarías si ya no me hubieras encontrado..." Una enorme lección dicha en nueve palabras. Pero ahora pienso que usted podría replicarme con otra frase no menos célebre. "Por muchas vías se va a Roma". Y me callo.

Hace muy bien en estudiar las disciplinas que se enseñan en la Facultad; pero —¿no se lo he dicho antes?— no deposite en ello demasiada esperanza. Nuestra universidad carece de grandes maestros en la medida suficiente a lo que de su misión se espera. Cierto que usted no asistirá a las clases; no se alarme, porque los libros suplen fácil y ventajosamente las lecciones de un Alberini, de un Rojas y de un Oría. Observación: la biblioteca de la Facultad es excelente; tiene un fichero donde podrá usted hallar todo lo que precise. Eso, y el faltar a clase, es lo mejor de Viamonte 430; se lo digo por experiencia.

Me habla usted con mucha amargura del problema de la muerte y de la segunda vida. ¿Quiere encontrar una amarga satisfacción? Lea "Del sentimiento trágico de la vida", de Unamuno. (¿O lo leyó? Empiezo a creer que hablamos de ello en Bolívar, allá en 1937.) Este libro —que es una inútil, una desesperada tentativa de *construir la inmortalidad*— deja una serena conformidad. En el fondo, ¿qué importancia tiene todo ello? Se trata de pensar la muerte en función de la vida; conferirle un *valor* que nos haga más preciosa la vida. Y, si la vida no tiene para nosotros aliciente de ninguna especie, entonces la valoración de la muerte asumirá la tonalidad de *consuelo*; ¿y por qué no de esperanza? Ya ve usted que si hay un concepto rico y positivo, es el de la muerte. Lo moldeamos en nuestras manos, y no hay dos seres humanos que piensan de él la misma cosa. Se ha acostumbrado a creer que la muerte suponía negación. Lo es en el sentido directo; ¿pero no ha leído usted que Heidegger, el más grande metafísico de nuestros días, encuentra el *ser* apoyándose en la *nada?* De la nada sale el ser, y de la muerte sale la vida, si se quiere...

No, I don't believe in an eternal nonsense. That would be stupid. I let that idea for young people, que pretenden explicar positivamente la realidad. Cada día me convenzo más de que la vigilia y el sueño son momentos de una realidad que se nos escapa íntegramente, y de la cual sólo advertimos (o creamos) fragmentos aislados. Nunca amé demasiado el racionalismo frío y absoluto; ahora lo detesto profundamente. Creo que en la intuición, en los valores emotivos, en la poesía de todo acto intensamente vivido, se esconden las fuentes últimas de la verdad. Y que es más fácil encontrar a Dios en el pétalo de un jazmín que en el sistema aristotélico...

Por eso, un "eternal nonsense" no tiene justificación para mí. ¿No ve usted que aceptarlo significa destruirse a sí mismo? Sí, ya sé que lo ve con claridad, porque sus palabras me lo demuestran. Pero, dear friend, he aquí algo que yo vivo intensamente y que quisiera transmitirle: el hecho de que no poseamos a Dios, que jamás hayamos tenido una revelación ni una vivencia de su Ser, no es razón suficiente para negar una *finalidad* del mundo y sus seres; no es razón suficiente para creer todo esto una vasta pesadilla, un error, un absurdo, a tale told by an idiot...

Usted cree haber hallado una solución a su problema de vida, y habla de "relatividad" de su existencia. No creo que sea solución, ni mucho menos; rechazar la angustia —si se está genuinamente angustiado— es suicidar el corazón. Es matar las riquezas del espíritu y, lo que es peor, estérilmente.

Cuando yo me angustio, me angustio hasta la raíz del cabello. Usted lo sabe, porque le he escrito algunas veces cuando estaba bajo un ciclo de desesperación metafísica —perdón por la pedante terminología, pero es así...—. No quiero erigirme en ejemplo vivo. ¡Eso sí sería tonto! Pero, ¿no piensa conmigo que las cosas hay que afrontarlas! Si para usted el problema de Dios, de la muerte, existen, entonces no debe ni puede darles la espalda. Usted *debe* vivir esos problemas. Si tuviera capacidad creadora, haría poemas, cuadros, sinfonías. Usted afirma no tenerla —cosa que dudo siempre—; pero eso no la excusa de vivir el problema en sí, sin disfraces. Afróntelo; yo lo he hecho y lo hago. A veces es él quien me vence a mí, y yo escribo cosas desesperadas (y desesperantes); a veces venzo yo al problema, y entonces escribo poemas sobre los ángeles, como uno que le enviaré dentro de poco, si no lo quemo antes. Don't turn your back! Toda duda es fecunda, y de toda angustia puede nacer una luz. Lo horrible, lo aplastante, es el abandonar el problema y considerarse satisfecho con los pequeños y míseros acontecimientos cotidianos. A mí me parece que es como renunciar a la dignidad misma del ser humano; quitarse el espíritu y el corazón como si fueran túnicas gastadas.

Y si no se encuentra la solución, ¿qué importa? ¿Quiénes la encontraron? Unos pocos iluminados, unos pocos que descubrieron a Dios o —como lo insinúa Unamuno— lo crearon en sí mismos, lo hipostasiaron, proyectándolo al exterior, y luego creyeron que Dios venía a ellos... ¿Pero qué importa todo esto? Se trata de vivir el drama de nuestro ser, sólo así encontraremos la muerte con una honda paz. Lo que venga luego no será ya sorpresa, ni alegría, ni espanto. Porque todo había sido presentido, y explorado mentalmente. Y vivido en esencia anteriormente.

WELL, WELL, WELL...

Tengo una mala noticia, que le doy con mucha pena; ocurre que el miércoles 8 (mañana) es el cumpleaños de "granny" y, como yo no podré estar con ella, mi familia ha decidido celebrar un "party" el domingo 12. Ello significa que no podré cumplir con su tan gentil invitación.

Si usted cree que el próximo domingo (19) mi presencia —and the records— no serían una molestia en su casa, estoy libre y puedo ir con mucho gusto. Usted me lo hará saber; y, desde ahora, perdón por este inconveniente surgido a último momento y que yo debí prever cuando hablamos por teléfono. (Pero en el teléfono me olvido de tantas cosas...).

Con muchos saludos a los suyos, a Madame y Mademoiselle Duprat, y hasta pronto.

Julio Denis

I beg your pardon *

Le llevaré el "Parménides"; le llevaré Rilke; quizá le lleve el poema sobre los ángeles; y cuando me devuelvan los originales del libro (que acaso me decida a imprimir) también se lo llevaré.

Cheerio!

* *Pide perdón por una mancha de tinta en la firma. (N. de A.)*

Buenos Aires, diciembre de 1942

My dear friend:

Sus peores pronósticos se cumplieron con literal exactitud. Decía usted en su carta: "Y todo esto para ver si usted se conmueve un poco y tarda dos meses en contestarme, en lugar de los tres que acostumbra." Tengo que reconocerlo: han pasado casi cuatro me-

Cartas desconocidas de Julio CORTAZAR (1939-1945)

Cuando se graduó en el Profesorado en Letras de la Escuela Normal Mariano Acosta, Julio Cortázar fue nombrado profesor del Colegio Nacional de Bolívar. Allí conoció a María de las Mercedes Arias, una joven profesora de inglés de la que se hizo amigo. Trasladado a Chivilcoy por un pase que lo llevó a enseñar en la Escuela Normal de dicha ciudad, comenzó con su amiga una relación epistolar que duró hasta 1945, cuando Cortázar, instalado en Mendoza desde 1944, decide abandonar la Universidad y volver a Buenos Aires. Inéditas hasta el momento, dichas cartas fueron recopiladas y comentadas por Mignon Domínguez y aparecerán en el libro que publicará Sudamericana en el próximo mes de abril. A continuación se presenta un adelanto de esos textos.

Por Julio Cortázar

Mayo de 1940. Chivilcoy

Dear friend:

¿Sabe una cosa? Recibí su carta. La recibí el martes pasado, luego de una serie de peripecias en las que tomaron parte activa un cartero distraído, un buzón equivocado, una vecina, dos chicos, y cuarenta y ocho horas de tiempo. (Con el tiempo solemos ser injustos, y lo excluimos de nuestros repartos, ¿pero no es él, acaso, el arquitecto supremo? A menos que, como Kant, pensemos que... pero no he de empezar con abstracciones; sorry!)

Usted dirá que bien pude hablarle por teléfono para comunicarle la noticia; pero yo —al margen de mi horror hacia ese insecto monstruoso, dotado del don de la palabra— creí preferible escribirle; con el agregado lamentable de que una serie de problemas familiares (una enfermedad de mi hermana) me alejó de la paz y del silencio, condiciones "sine qua non" de mi capacidad epistolar. ¿Es esto una excusa? Nada de ello; apenas una explicación.

Nota importante e inevitable; ahora sí me convencí de que usted no entiende cuando le escribo en inglés (!). Lo veo por la serie de preguntas dubitativas que me formula acerca de mis estados de ánimo con referencia al famoso concurso. ¡Yo, que estaba convencido de haberme expresado con toda claridad! Bueno, habré de convencerme: el inglés no es para mí... Y paso a aclararle sus dudas en mi mejor y más prolijo castellano.

No estuve ni estoy "upset". ¡Dios me libre! Tuve una primera sorpresa. ¡Estaba tan seguro de que premiarían mi libro! ("Vanitas vanitatem", sí: pero condición humana también, y no tengo por qué fingir estúpidas modestias.) Leí diez veces el nombre del ganador. Pues... no decía Denis... y se acabó. No aventuraré mi opinión hasta tanto se publique la obra; hoy me enteré, en Chivilcoy, de que en algún diario o revista de Buenos Aires apareció una declaración del jurado en la cual se menciona especialmente mi libro. ¿Sabe usted algo de eso? Han quedado en averiguarme con precisión esa noticia que, de todos modos, confirma la inteligencia de Borges y E (As you can see, I don't hide my thoughts).

Me ha escrito usted una carta filosófica. Femeninamente filosófica, es decir, procediendo con una arrolladora sucesión de impulsos y emociones. En realidad, tiene usted mucha razón al suponer que esos problemas se hallan "beyond explanation"; pero encuentro poco consistente que, a manera de solución —o de sucedáneo— se lance usted a estudios como los que puede ofrecerle la Facultad. Cierto que aquello es una disciplina (y, según sus justas palabras, "a way of filling, or killing, life"); y que todo estudio supone nuevos problemas y nuevas esperanzas. Con todo, yo he aprendido a través de algunos años de lectura y pensamiento, que la solución a esos problemas no viene jamás del exterior. Si alguna vez se despierta usted con la respuesta justa, es que la habrá encontrado en las raíces mismas de su ser por vía de revelación, acaso... ¿Se acuerda de la famosa frase? "No me buscarías si ya no me hubieras encontrado..." Una enorme lección dicha en nueve palabras. Pero ahora pienso que usted podría replicarme con otra frase no menos célebre. "Por muchas vías se va a Roma". Y me callo.

Hace muy bien en estudiar las disciplinas que se enseñan en la Facultad; pero —¿no se lo he dicho antes?— no deposite en ello demasiada esperanza. Nuestra universidad carece de grandes maestros en la medida suficiente a lo que de su misión se espera. Cierto que usted no asistirá a las clases; no se alarme, porque los libros suplen fácil y ventajosamente las lecciones de un Alberini, de un Rojas y de un Oría. Observación: la biblioteca de la Facultad es excelente; tiene un fichero donde podrá usted hallar todo lo que precise. Eso, y el faltar a clase, es lo mejor de Viamonte 430; se lo digo por experiencia.

Me habla usted con mucha amargura del problema de la muerte y de la segunda vida. ¿Quiere encontrar una amarga satisfacción? Lea "Del sentimiento trágico de la vida", de Unamuno. (¿O lo leyó? Empiezo a creer que hablamos de ello en Bolívar, allá en 1937.) Este libro —que es una inútil, una desesperada tentativa de *construir la inmortalidad*— deja una serena conformidad. En el fondo, ¿qué importancia tiene todo ello? Se trata de pensar la muerte en función de la vida; conferirle un *valor* que nos haga más preciosa la vida. Y, si la vida no tiene para nosotros aliciente de ninguna especie, entonces la valoración de la muerte asumirá la tonalidad de *consuelo;* ¿y por qué no de esperanza? Ya ve usted que si hay un concepto rico y positivo, es el de la muerte. Lo moldeamos en nuestras manos, y no hay dos seres humanos que piensan de él la misma cosa. Se ha acostumbrado a creer que la muerte suponía negación. Lo es en el sentido directo; ¿pero no ha leído usted que Heidegger, el más grande metafísico de nuestros días, encuentra el *ser* apoyándose en la *nada?* De la nada sale el ser, y de la muerte sale la vida, si se quiere...

No, I don't believe in an eternal nonsense. That would be stupid. I let that idea for young people, que pretenden explicar positivamente la realidad. Cada día me convenzo más de que la vigilia y el sueño son momentos de una realidad que se nos escapa íntegramente, y de la cual sólo advertimos (o creamos) fragmentos aislados. Nunca amé demasiado el racionalismo frío y absoluto; ahora lo detesto profundamente. Creo que en la intuición, en los valores emotivos, en la poesía de todo acto intensamente vivido, se esconden las fuentes últimas de la verdad. Y que es más fácil encontrar a Dios en el pétalo de un jazmín que en el sistema aristotélico...

Por eso, un "eternal nonsense" no tiene justificación para mí. ¿No ve usted que aceptarlo significa destruirse a sí mismo? Sí, ya sé que lo ve con claridad, porque sus palabras me lo demuestran. Pero, dear friend, he aquí algo que yo vivo intensamente y que quisiera transmitirle: el hecho de que no poseamos a Dios, que jamás hayamos tenido una revelación ni una vivencia de su Ser, no es razón suficiente para negar una *finalidad* del mundo y sus seres; no es razón suficiente para creer todo esto una vasta pesadilla, un error, un absurdo, a tale told by an idiot...

Usted cree haber hallado una solución a su problema de vida, y habla de "relatividad" de su existencia. No creo que sea solución, ni mucho menos; rechazar la angustia —si se está genuinamente angustiado— es suicidar el corazón. Es matar las riquezas del espíritu y, lo que es peor, estérilmente.

Cuando yo me angustio, me angustio hasta la raíz del cabello. Usted lo sabe, porque le he escrito algunas veces cuando estaba bajo un ciclo de desesperación metafísica —perdón por la pedante terminología, pero es así...—. No quiero erigirme en ejemplo vivo. ¡Eso sí sería tonto! Pero, ¿no piensa conmigo que las cosas hay que afrontarlas! Si para usted el problema de Dios, de la muerte, existen, entonces no debe ni puede darles la espalda. Usted *debe* vivir esos problemas. Si tuviera capacidad creadora, haría poemas, cuadros, sinfonías. Usted afirma no tenerla —cosa que dudo siempre—; pero eso no la excusa de vivir el problema en sí, sin disfraces. Afróntelo; yo lo he hecho y lo hago. A veces es él quien me vence a mí, y yo escribo cosas desesperadas (y desesperantes); a veces venzo yo al problema, y entonces escribo poemas sobre los ángeles, como uno que le enviaré dentro de poco, si no lo quemo antes. Don't turn your back! Toda duda es fecunda, y de toda angustia puede nacer una luz. Lo horrible, lo aplastante, es el abandonar el problema y considerarse satisfecho con los pequeños y míseros acontecimientos cotidianos. A mí me parece que es como renunciar a la dignidad misma del ser humano; quitarse el espíritu y el corazón como si fueran túnicas gastadas.

Y si no se encuentra la solución, ¿que importa? ¿Quiénes la encontraron? Unos pocos iluminados, unos pocos que descubrieron a Dios o —como lo insinúa Unamuno— lo crearon en sí mismos, lo hipostasiaron, proyectándolo al exterior, y luego creyeron que Dios venía a ellos... ¿Pero qué importa todo esto? Se trata de vivir el drama de nuestro ser, sólo así encontraremos la muerte con una honda paz. Lo que venga luego no será ya sorpresa, ni alegría, ni espanto. Porque todo había sido presentido, y explorado mentalmente. Y vivido en esencia anteriormente.

WELL, WELL, WELL...

Tengo una mala noticia, que le doy con mucha pena; ocurre que el miércoles 8 (mañana) es el cumpleaños de "granny" y, como yo no podré estar con ella, mi familia ha decidido celebrar un "party" el domingo 12. Ello significa que no podré cumplir con su tan gentil invitación.

Si usted cree que el próximo domingo (19) mi presencia —and the records— no serían una molestia en su casa, estoy libre y puedo ir con mucho gusto. Usted me lo hará saber; y, desde ahora, perdón por este inconveniente surgido a último momento y que yo debí prever cuando hablamos por teléfono. (Pero en el teléfono me olvido de tantas cosas...).

Con muchos saludos a los suyos, a Madame y Mademoiselle Duprat, y hasta pronto.

Julio Denis

I beg your pardon *

Le llevaré el "Parménides"; le llevaré Rilke; quizá le lleve el poema sobre los ángeles; y cuando me devuelvan los originales del libro (que acaso me decida a imprimir) también se lo llevaré.

Cheerio!

** Pide perdón por una mancha de tinta en la firma. (N. de A.)*

Buenos Aires, diciembre de 1942

My dear friend:

Sus peores pronósticos se cumplieron con literal exactitud. Decía usted en su carta: "Y todo esto para ver si usted se conmueve un poco y tarda dos meses en contestarme, en lugar de los tres que acostumbra." Tengo que reconocerlo: han pasado casi cuatro meses. Shame on me! No le pido que me perdone, ya que sería agregar la burla al insulto —como dice un personaje de "Pickwick"—. Sus justas iras caigan sobre mi cabeza que, apesadumbrada, se inclina ante su cólera.

Pero si usted supiera... (Esto empieza ya a ser una especie de disculpa; con todo, he de seguir en este terreno, ya que fuera de ello bien poco puedo contarle de nuevo.) Si usted supiera los tiempos que he vivido, acaso mi silencio le resultara menos culpable. Es triste que casi todas mis cartas tengan un contenido quejumbroso, o poco menos; pero el destino —hay que ponerle un nombre a ese azar que nos lleva de la mano por la vida— está contra mí desde hace un par de años; y se empeña en asestarme los peores golpes: aquellos que caen sobre seres queridos, y que resultan por eso mismo los más directos y los más penosos. En menos de dos años he perdido a tres caros amigos; primero fue Mariscal, como usted recuerda sin duda, a principios de este año murió mi cuñado, muchacho a quien consideraba yo como un camarada excelente; y ahora, en octubre, pierdo después de una horrible semana de lucha y sufrimiento a un antiguo compañero de estudios y acaso el más comprensivo y bueno de mis amigos. Quizá su nombre no signifique nada para usted; acaso no se lo mencioné nunca en mis cartas o en mis conversaciones; se llamaba Francisco Reta, y nos conocíamos desde el quinto año del profesorado. Ahora que lo pienso mejor, su nombre no ha de ser enteramente desconocido para usted, puesto que fue el amigo con quien anduve recorriendo todo el norte y Misiones, hace dos años; sin duda al hacerle una reseña de ese viaje hube de mencionarlo en mis cartas. Era un muchacho de salud delicada, con una afección renal que se agravaba con el tiempo. Este año, a poco de iniciadas las clases, tuvimos que internarlo en el Ramos Mejía; mejoró mucho, y salió en el mes de junio; entre varios amigos —ya que su familia, poco digna y dispersa por el interior, nada hacía por él— cuidamos de su salud y lo rodeamos de ese afecto que tanto merecía. Mejoró mucho, y ya empezábamos a pensar con optimismo en el futuro, cuando la desgracia volvió a interponerse; nuestro amigo quiso pasar su licencia en Tucumán —donde vive un hermano—, se fue a pesar de nuestra oposición, y volvió en octubre, convertido en una sombra, casi moribundo. Yo, en Chivilcoy, ignoraba semejante derrumbe, y puede usted figurarse mi estado de ánimo cuando lo vi en Buenos Aires. Hice entonces lo que correspondía, abandoné las clases el 22 de octubre, y me quedé a su lado hasta fin de mes. El 30, la uremia que se había declarado días atrás hizo crisis. Yo volví a Chivilcoy el 2 de noviembre, perdida la noción del tiempo, atendiendo a mi tarea como un autómata. Han pasado casi dos meses, pero es siempre la misma cosa; algo se ha roto en mí, algo de mí se ha ido con ese camarada. ¿Será que, viejos compañeros de viaje, me ha llevado consigo en este último itinerario? Estábamos tan habituados a andar juntos...

Como la sé una amiga cariñosa y comprensiva le cuento todo esto sin dudar de que me perdonará la efusión sentimental. Ya sé que, en realidad, no tengo derecho a entristecer un momento de sus bien ganadas vacaciones. Pero si no me confío a alguien como usted, ¿qué otro recurso me quedaría que el absoluto silencio?

Estoy deseando saber noticias suyas, y charlar largamente alguna tarde. Ahora que está en Buenos Aires —por lo menos lo supongo, ya que los veraneos suelen iniciarse en enero—, ¿por qué no contesta a esta carta con una llamada telefónica? Podríamos pasear por el centro alguna tarde, mirar libros y conversar; o ir al cine, o al puerto, o... Make your choice, I'll agree.

¿No está enojada conmigo? Soy un pésimo amigo, lo sé; no merezco su compañía. Pero, a veces, los peores amigos son los que más atraen; ¿puedo tener la vanidad de creer que usted se acuerda de mí con estima?

Si en verdad quiere que nos encontremos alguna tarde —en su casa, en el centro o donde usted prefiera—, llámeme antes del 10 de enero; ese día salgo para Chile en un barco llamado —hermosamente— "Arauco"; son veinte días de mar, distribuidos proporcionalmente entre el verde Atlántico, el blanco estrecho de Magallanes y el glauco Pacífico. Necesito ese viaje, tengo que hacerlo o de lo contrario perderé los pocos deseos que todavía me quedan de vivir en la Argentina, país infecto.

No le escribo más; el resto se lo contaré personalmente. ¿Cuento con su perdón? Remember: 50-4765.

Happy Christmas!, afectos a los suyos, y hasta bien pronto,

Julio Denis

Mendoza, 21 de julio de 1945.

My dear friend:

Mi madre, que tiene el loable hábito de decirme las cosas con una franqueza casi increíble, acaba de comunicarme por carta una charla telefónica en la que creyó entender por parte suya un no pequeño resentimiento con



tra mi cuyano silencio. La pobre, que tiene la impresión muy justificable de que yo no soy malo del todo, se ha quedado atónita ante la comprobación de mi poca urbanidad epistolar, y así me lo manifiesta a lo largo de unas veinticinco líneas escritas con letra mediana. No en vano somos una familia de maestros; no perdemos oportunidad de remitirnos (certificado con aviso de retorno) grandes homilías, consejos y reflexiones. Ya ve usted las consecuencias históricas que alcanza a veces una simple llamada telefónica. "Si la nariz de Cleopatra... etc. (Pascal —creo—).

Yo he tomado humildemente nota de las consideraciones de Ma, en parte porque son muy justas, y en parte porque hace ya tiempo —stop grinning please!— me sentía incómodo moralmente cada vez que su linda personita cruzaba por mi recuerdo. En realidad no me sería difícil organizar cinco páginas de sensatas explicaciones, pues que me sobran razones y excusas. Las reduciré a esta carilla y tal vez a una porción de la otra, según el grado de elocuencia en que me encuentre esta noche en que le escribo.

Basta de broma. Mecha, le pido mil perdones por un silencio que en modo alguno se justifica. Ya verá usted más abajo las que estoy pasando (y presumo que Ma le habrá dicho algo) pero no pretendo esgrimir esos azares mendocinos como escudo que disimule mi falta. Ignoro cuándo le escribí por última vez, y cuándo me llegó su última; si yo era deudor o lo era usted. Entiendo que siempre soy yo deudor con respecto a usted, y debí enviarle, aquí y allá, por lo menos algunos boletines noticieros.

No crea —porque me dolería mucho y la creería a usted equivocada— en aquella nuestra teoría (tantas veces comentada melancólicamente, ¿se acuerda?) de la amistad que se esfuma cuando no hay contacto directo y problemas compartidos. No la crea con respecto a mí, porque sigo siendo invariablemente el amigo que la quiere y la recuerda. Hasta en mi mala conducta hay un poco de la confianza de quien se sabe perdonado de antemano y se aprovecha un poco de ello. Soy peor de lo que ambos creemos.

Usted sigue siendo (me suena tonto decirle todo esto, pero los dedos siguen escribiendo por su cuenta; ¿será un contagio surrealista? Pero dejémoslos) sigue siendo la camarada que me salvó del tedio de Bolívar en aquellos dos años ya tan lejanos. Y creo que en lo que es más sinceramente mío, sólo tuve allí su comprensión. Otros (muy pocos) me estimaban por A o por B. Usted caló más hondo, y hasta creo que debió tenerme un poco de lástima a veces. De cosas así yo no he aprendido aún a olvidarme.

Well, this letter looks rather gloomy, doesn't it? Es un poco el contagio de estos dos últimos meses, en que me he cocinado en un infiernito cuyano, muy mono él y del que no sé cuándo o cómo voy a salir. Sigue el boletín:

a) Después de haber abandonado Chivilcoy bajo vehementes sospechas de comunismo, anarquismo y trotskismo, he tenido el honor de que en Mendoza me califiquen de fascista, nazi, sepichista, rosista y falangista. Ambas cosas (las de Chivilcoy y de Mendoza) con tanto fundamento como podría ser la de llamarme sauce llorón, consola chippendale o Wee Willie Winkie.

b) He tenido violentos entredichos con los dirigentes de la política universitaria cuyana, de lo cual la ilustrará el recorte que le envió para su regocijo. El destinatario era candidato a rector de la Universidad. Por suerte conseguimos freírlo en su propia salsa (demócrata nacional) bien que el actual rector no nos haya resultado nada providencial.

c) Raíces del problema: yo fui designado en los nefastos días del ilustre Baldrich. Esas coincidencias (pues en mi caso lo fue) parecen habitualmente otra cosa: incondicionalidad, sectarismo, etc. De ahí las acusaciones y de ahí algunas frases que leerá usted en el recorte y que creo le aclararán el problema. (By the way, el caballero a quien allí se le dice politiquero y mentiroso, como verá en esa carta, se limitó a responder modosamente que el reconocía mi capacidad docente (¿ve que no es tan mal muchacho?) pero que le seguía llamando la atención que yo hubiese sido nombrado "chez" Baldrich. Por lo cual no hubo duelo, lo que hubiese sido una experiencia muy divertida y con gran ventaja para mí, pues mi contendiente es ancho y macizo, y ofrece diversas cuanto variadas superficies para un trocito de plomo; mientras que yo, con plantarme bien de perfil...).

Escribo un poco en broma porque me he empeñado en olvidar toda esa baja y sucia política de provincia. No crea sin embargo que he salido indenme de la pelea. Me siento distinto, mundano, rebajado. Por las noches (en las semanas críticas) volvía a mi casa y miraba mis libros como pidiéndoles perdón por el abandono en que los tenía. He sabido lo que es pasar veinticuatro horas en continuo cabildeo, barajando argucias, destruyendo ataques, redactando solicitadas, organizando manifestaciones periodísticas y devolviendo cuanto proyectil honorable tenía a mano. ¿Puede uno lavarse de algo semejante? No sé, viera usted como corta el jabón el agua de Mendoza...

De todos modos —y sé que ésto la alegrará como me alegra a mí— hay algo que salió más claro y acendrado que nunca de este jaleo: el concepto de los estudiantes de mi facultad hacia su profesor de variadas literaturas. Mientras mis contendientes enfrentan ahora una sorda hostilidad del alumnado, yo dicto mis clases en un ambiente amistoso y comprensivo. ¿No es el balance mejor para quien ha cometido la bella tontería de ser maestro en la vida? A mí me basta.

Resumiendo: se dice que a fin de año se llamará a concurso para proveer las cátedras. No sé lo que pasará. Evidentemente la situación de la universidad está controlada por nuestro grupo antagonista, elegantemente disfrazado de "demócrata" (¡viera usted la historia de cada uno de ellos!) Si los concursos son "dirigidos", como es de temer... mis chances son la nada en persona. Volver entonces a Chivilcoy... ¡Brr...!

Basta de egotismo. ¿Cómo está usted? Quiero —o mejor ruego— una carta con LUJO DE DETALLES. Hace tanto que no sé nada de usted que todo lo que me cuente serán novedades. He leído en los diarios que los secundarios se quedaron sin vacaciones de invierno. Aquí pasó lo mismo, pero por distintas razones. Después de casi un mes de huelga estudiantil, las clases se reanudaron justamente en los días patrios, y hubiera sido absurdo que los alumnos volviesen a faltar (ya que en Cuyo las vacaciones se deciden por voluntad estudiantil). Yo espero, sin embargo, conseguir una semana de licencia en agosto y escaparme a Buenos Aires. Creo que estaré por allá hacia el 15, y me volveré el 23 o 24, tal vez algo más tarde.

¿Cómo está Bolívar? (Pregunta ociosa, ¿verdad?). Ni siquiera tengo noticias de allá por Cancio, que solía ser un corresponsal regular, pero al que el matrimonio parece haber pervertido profundamente en ese sentido. Además, tenemos tan pocos temas en común... Las cartas se han ido espaciando, y luego... You know the rest.

Mi famosa novela está concluida, but I keep it in ice, a la espera de una revisión y reconsideración. Creo que la publicaré, y tal vez me decida este año a publicar los cuentos aquí en Mendoza donde hay un par de imprentas buenas. Esos cuentos me pesan demasiado sobre los hombros, y quiero lanzarlos antes de convencerme del todo de que son malos. Que se convenzan los demás: es más cómodo para mí.

Mis cátedras me llevan todo el día y buena parte de la noche. En literatura inglesa me ocuparé, hacia fin de año, de Lawrence, Virginia Woolf (cuyo conocimiento le debo a usted) y Huxley. Terminé anoche un ciclo Byron del que estoy satisfecho; creo haber mostrado bien los valores del poeta, y las deficiencias.

Traduzco para la Editorial Nova un libro de Walter De la Mare: *Memoirs of a Midget.* Es divertido pero pasadas las 200 páginas uno se harta. Espero terminarlo para agosto, y entonces respiraré; ha sido una pesada carga, que sumada a todas las demás... Pero usted creerá que me estoy excusando de nuevo.

Consultas: ¿cómo entiende usted —hablando de fenómenos de circo— "the Spotted Boy"? ¿Qué es un "Paisley shawl"? ¿Qué es un "vole": un cuis?

Mecha, esperaré contrito y esperanzado una carta suya. ¿Vendrá, no es cierto?

Su siempre amigo.
JULIO

Vivo en: Martínez de Rosas 955, Mendoza

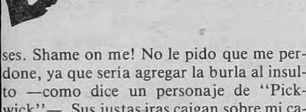
POLLINI

Viernes 28 de febrero de 1992

Cartas desconocidas de Julio CORTAZAR (1939-1945)

Cuando se graduó en el Profesorado en Letras de la Escuela Normal Mariano Acosta, Julio Cortázar fue nombrado profesor del Colegio Nacional de Bolívar. Allí conoció a María de las Mercedes Arias, una joven profesora de inglés de la que se hizo amigo. Trasladado a Chivilcoy por un pase que lo llevó a enseñar en la Escuela Normal de dicha ciudad, comenzó con su amiga una relación epistolar que duró hasta 1945, cuando Cortázar, instalado en Mendoza desde 1944, decide abandonar la Universidad y volver a Buenos Aires. Inéditas hasta el momento, dichas cartas fueron recopiladas y comentadas por Mignon Domínguez y aparecerán en el libro que publicará Sudamericana en el próximo mes de abril. A continuación se presenta un adelanto de esos textos.

Por Julio Cortázar



ses. Shame on me! No le pido que me perdone, ya que sería agregar la burla al insulto —como dice un personaje de "Pickwick"—. Sus justas iras caigan sobre mi cabeza que, apesadumbrada, se inclina ante su cólera.

Pero si usted supiera... (Esto empieza ya a ser una especie de disculpa; con todo, he de seguir en este terreno, ya que fuera de ello bien poco puedo contarle de nuevo.) Si usted supiera los tiempos que he vivido, acaso mi silencio le resultara menos culpable. Es triste que casi todas mis cartas tengan un contenido quejumbroso, o poco menos; pero el destino —hay que ponerle un nombre a ese azar que nos lleva de la mano por la vida— está contra mí desde hace un par de años; y se empeña en asestarme los peores golpes: aquellos que caen sobre seres queridos, y que resultan por eso mismo los más directos y los más penosos. En menos de dos años he perdido a tres caros amigos; primero fue Mariscal, como usted recuerda sin duda, a principios de este año murió mi cuñado, muchacho a quien consideraba yo como un camarada excelente; y ahora, en octubre, pierdo después de una horrible semana de lucha y sufrimiento a un antiguo compañero de estudios y acaso el más comprensivo y bueno de mis amigos. Quizá su nombre no signifique nada para usted; acaso no se lo mencioné nunca en mis cartas o en mis conversaciones; se llamaba Francisco Reta, y nos conocíamos desde el quinto año del profesorado. Ahora que lo pienso mejor, su nombre no ha de ser enteramente desconocido para usted, puesto que fue el amigo con quien anduve recorriendo todo el norte y Misiones, hace dos años; sin duda al hacerle una reseña de ese viaje hube de mencionarlo en mis cartas. Era un muchacho de salud delicada, con una afección renal que se agravaba con el tiempo. Este año, a poco de iniciadas las clases, tuvimos que internarlo en el Ramos Mejía; mejoró mucho, y salió en el mes de junio; entre varios amigos —ya que su familia, poco digna y dispersa por el interior, nada hacía por él— cuidamos de su salud y lo rodeamos de ese afecto que tanto merecía. Mejoró mucho, y ya empezábamos a pensar con optimismo en el futuro, cuando la desgracia volvió a interponerse; nuestro amigo quiso pasar su licencia en Tucumán —donde vive un hermano—, se fue a pesar de nuestra oposición, y volvió en octubre, convertido en una sombra, casi moribundo. Yo, en Chivilcoy, ignoraba semejante derrumbe, y puede usted figurarse mi estado de ánimo cuando lo vi en Buenos Aires. Hice entonces lo que correspondía, abandoné las clases el 22 de octubre, y me quedé a su lado hasta fin de mes. El 30, la uremia que se había declarado días atrás hizo crisis. Yo volví a Chivilcoy el 2 de noviembre, perdida la noción del tiempo, atendiendo a mi tarea como un autómata. Han pasado casi dos meses, pero es siempre la misma cosa; algo se ha roto en mí, algo de mí se ha ido con ese camarada. ¿Será que, viejos compañeros de viaje, me ha llevado consigo en este último itinerario? Estábamos tan habituados a andar juntos...

Como la sé una amiga cariñosa y comprensiva le cuento todo esto sin dudar de que me perdonará la efusión sentimental. Ya sé que, en realidad, no tengo derecho a entristecer un momento de sus bien ganadas vacaciones. Pero si no me confío a alguien como usted, ¿qué otro recurso me quedaría que el absoluto silencio?

Estoy deseando saber noticias suyas, y charlar largamente alguna tarde. Ahora que está en Buenos Aires —por lo menos lo supongo, ya que los veraneos suelen iniciarse en enero—, ¿por qué no contesta a esta carta con una llamada telefónica? Podríamos pasear por el centro alguna tarde, mirar libros y conversar; o ir al cine, o al puerto, o... Make your choice, I'll agree.

¿No está enojada conmigo? Soy un pésimo amigo, lo sé; no merezco su compañía. Pero, a veces, los peores amigos son los que más atraen; ¿puedo tener la vanidad de creer que usted se acuerda de mí con estima?

Si en verdad quiere que nos encontremos alguna tarde —en su casa, en el centro o donde usted prefiera—, llámeme antes del 10 de enero; ese día salgo para Chile en un barco llamado —hermosamente— "Arauco"; son veinte días de mar, distribuidos proporcionalmente entre el verde Atlántico, el blanco estrecho de Magallanes y el glauco Pacífico. Necesito ese viaje, tengo que hacerlo o de lo contrario perderé los pocos deseos que todavía me quedan de vivir en la Argentina, país infecto.

No le escribo más; el resto se lo contaré personalmente. ¿Cuento con su perdón? Remember: 50-4765.

Happy Christmas!, afectos a los suyos, y hasta bien pronto,

Julio Denis

Mendoza, 21 de julio de 1945.

My dear friend:

Mi madre, que tiene el loable hábito de decirme las cosas con una franqueza casi increíble, acaba de comunicarme por carta una charla telefónica en la que creyó entender por parte suya un no pequeño resentimiento con-



tra mi cuyano silencio. La pobre, que tiene la impresión muy justificable de que yo no soy malo del todo, se ha quedado atónita ante la comprobación de mi poca urbanidad epistolar, y así me lo manifiesta a lo largo de unas veinticinco líneas escritas con letra mediana. No en vano somos una familia de maestros; no perdemos oportunidad de remitirnos (certificado con aviso de retorno) grandes homilías, consejos y reflexiones. Ya ve usted las consecuencias históricas que alcanza a veces una simple llamada telefónica. "Si la nariz de Cleopatra... etc. (Pascal —creo—).

Yo he tomado humildemente nota de las consideraciones de Ma, en parte porque son muy justas, y en parte porque hace ya tiempo —stop grinning please!— me sentía incómodo moralmente cada vez que su linda personita cruzaba por mi recuerdo. En realidad no me sería difícil organizar cinco páginas de sensatas explicaciones, pues que me sobran razones y excusas. Las reduciré a esta carilla y tal vez a una porción de la otra, según el grado de elocuencia en que me encuentre esta noche en que le escribo.

Basta de broma. Mecha, le pido mil perdones por un silencio que en modo alguno se justifica. Ya verá usted más abajo las que estoy pasando (y presumo que Ma le habrá dicho algo) pero no pretendo esgrimir esos azares mendocinos como escudo que disimule mi falta. Ignoro cuándo le escribí por última vez, y cuándo me llegó su última; si yo era deudor o lo era usted. Entiendo que siempre soy yo deudor con respecto a usted, y debí enviarle, aquí y allá, por lo menos algunos boletines noticieros.

No crea —porque me dolería mucho y la creería a usted equivocada— en aquella nuestra teoría (tantas veces comentada melancólicamente, ¿se acuerda?) de la amistad que se esfuma cuando no hay contacto directo y problemas compartidos. No la crea con respecto a mí, porque sigo siendo invariablemente el amigo que la quiere y la recuerda. Hasta en mi mala conducta hay un poco de la confianza de quien se sabe perdonado de antemano y se aprovecha un poco de ello. Soy peor de lo que ambos creemos.

Usted sigue siendo (me suena tonto decirle todo esto, pero los dedos siguen escribiendo por su cuenta; ¿será un contagio surrealista? Pero dejémoslos) sigue siendo la camarada que me salvó del tedio de Bolívar en aquellos dos años ya tan lejanos. Y creo que en lo que es más sinceramente mío, sólo tuve allí su comprensión. Otros (muy pocos) me estimaban por A o por B. Usted caló más hondo, y hasta creo que debió tenerme un poco de lástima a veces. De cosas así yo no he aprendido aún a olvidarme.

Well, this letter looks rather gloomy, doesn't it? Es un poco el contagio de estos dos últimos meses, en que me he cocinado en un infiernito cuyano, muy mono él y del que no sé cuándo o cómo voy a salir. Sigue el boletín:

a) Después de haber abandonado Chivilcoy bajo vehementes sospechas de comunismo, anarquismo y trotskismo, he tenido el honor de que en Mendoza me califiquen de fascista, nazi, sepichista, rosista y falangista. Ambas cosas (las de Chivilcoy y de Mendoza) con tanto fundamento como podría ser la de llamarme sauce llorón, consola chippendale o Wee Willie Winkie.

b) He tenido violentos entredichos con los dirigentes de la política universitaria cuyana, de lo cual la ilustrará el recorte que le envió para su regocijo. El destinatario era candidato a rector de la Universidad. Por suerte conseguimos freírlo en su propia salsa (demócrata nacional) bien que el actual rector no nos haya resultado nada providencial.

c) Raíces del problema: yo fui designado en los nefastos días del ilustre Baldrich. Esas coincidencias (pues en mi caso lo fue) parecen habitualmente otra cosa: incondicionalidad, sectarismo, etc. De ahí las acusaciones y de ahí algunas frases que leerá usted en el recorte y que creo le aclararán el problema. (By the way, el caballero a quien allí se le dice politiquero y mentiroso, como verá en esa carta, se limitó a responder modosamente que el reconocía mi capacidad docente (¿ve que no es tan mal muchacho?) pero que le seguía llamando la atención que yo hubiese sido nombrado "chez" Baldrich. Por lo cual no hubo duelo, lo que hubiese sido una experiencia muy divertida y con gran ventaja para mí, pues mi contendiente es ancho y macizo, y ofrece diversas cuanto variadas superficies para un trocito de plomo; mientras que yo, con plantarme bien de perfil...).

Escribo un poco en broma porque me he empeñado en olvidar toda esa baja y sucia política de provincia. No crea sin embargo que he salido indemne de la pelea. Me siento distinto, mundano, rebajado. Por las noches (en las semanas críticas) volvía a mi casa y miraba mis libros como pidiéndoles perdón por el abandono en que los tenía. He sabido lo que es pasar veinticuatro horas en continuo cabildeo, barajando argucias, destruyendo ataques, redactando solicitadas, organizando manifestaciones periodísticas y devolviendo cuanto proyectil honorable tenía a mano. ¿Puede uno lavarse de algo semejante? No sé, viera usted como corta el jabón el agua de Mendoza...

De todos modos —y sé que ésto la alegrará como me alegra a mí— hay algo que salió más claro y acendrado que nunca de este jaleo: el concepto de los estudiantes de mi facultad hacia su profesor de variadas literaturas. Mientras mis contendientes enfrentan ahora una sorda hostilidad del alumnado, yo dicto mis clases en un ambiente amistoso y comprensivo. ¿No es el balance mejor para quien ha cometido la bella tontería de ser maestro en la vida? A mí me basta.

Resumiendo: se dice que a fin de año se llamará a concurso para proveer las cátedras. No sé lo que pasará. Evidentemente la situación de la universidad está controlada por nuestro grupo antagonista, elegantemente disfrazado de "demócrata" (¡viera usted la historia de cada uno de ellos!) Si los concursos son "dirigidos", como es de temer... mis chances son la nada en persona. Volver entonces a Chivilcoy... ¡Brr...!

Basta de egotismo. ¿Cómo está usted? Quiero —o mejor ruego— una carta con LUJO DE DETALLES. Hace tanto que no sé nada de usted que todo lo que me cuente serán novedades. He leído en los diarios que los secundarios se quedaron sin vacaciones de invierno. Aquí pasó lo mismo, pero por distintas razones. Después de casi un mes de huelga estudiantil, las clases se reanudaron justamente en los días patrios, y hubiera sido absurdo que los alumnos volviesen a faltar (ya que en Cuyo las vacaciones se deciden por voluntad estudiantil). Yo espero, sin embargo, conseguir una semana de licencia en agosto y escaparme a Buenos Aires. Creo que estaré por allá hacia el 15, y me volveré el 23 o 24, tal vez algo más tarde.

¿Cómo está Bolívar? (Pregunta ociosa, ¿verdad?). Ni siquiera tengo noticias de allá por Cancio, que solía ser una corresponsal regular, pero al que el matrimonio parece haber pervertido profundamente en ese sentido. Además, tenemos tan pocos temas en común... Las cartas se han ido espaciando, y luego... You know the rest.

Mi famosa novela está concluida, but I keep it in ice, a la espera de una revisión y reconsideración. Creo que la publicaré, y tal vez me decida este año a publicar los cuentos aquí en Mendoza donde hay un par de imprentas buenas. Esos cuentos me pesan demasiado sobre los hombros, y quiero lanzarlos antes de convencerme del todo de que son malos. Que se convenzan los demás: es más cómodo para mí.

Mis cátedras me llevan todo el día y buena parte de la noche. En literatura inglesa me ocuparé, hacia fin de año, de Lawrence, Virginia Woolf (cuyo conocimiento le debo a usted) y Huxley. Terminé anoche un ciclo Byron del que estoy satisfecho; creo haber mostrado bien los valores del poeta, y las deficiencias.

Traduzco para la Editorial Nova un libro de Walter De la Mare: *Memoirs of a Midget*. Es divertido pero pasadas las 200 páginas uno se harta. Espero terminarlo para agosto, y entonces respiraré; ha sido una pesada carga, que sumada a todas las demás... Pero usted creerá que me estoy excusando de nuevo.

Consultas: ¿cómo entiende usted —hablando de fenómenos de circo— "the Spotted Boy"? ¿Qué es un "Paisley shawl"? ¿Qué es un "vole": un cuis?

Mecha, esperaré contrito y esperanzado una carta suya. ¿Vendrá, no es cierto?

Su siempre amigo.

JULIO

Vivo en: Martínez de Rosas 955, Mendoza

EL LOCO DE LOS MEDANOS

8. Somos de la tierra

Por Guillermo Saccomanno

A una edad en que la mayoría de los burgueses sienten haber alcanzado la edad de la razón, con algo más de cuarenta años, Carlos Idaho Gesell liquidó una próspera sociedad familiar y un matrimonio con seis hijos, se apartó del mundanal ruido, se acorazó con su dogmatismo en las dunas y fue apodado "el loco de los médanos" por los lugareños mientras se abocaba a la construcción de esto que hoy es la villa. Las relaciones con sus hijos, se dice, fueron conflictivas. Murió a los ochenta y ocho años de un edema pulmonar, después de haber sido sometido a un interrogatorio de ochenta y ocho preguntas que apuntaban a demostrar una insania mental en una demanda originada por sus hijos. En el pueblo se dice que el motivo real de la demanda se apoyaba en que quienes rodeaban al Viejo lo estafaban en inversiones inmobiliarias. Anticipándose a su propia muerte, varios años antes, el Viejo había creado sociedades anónimas en las que participaba su segunda esposa, Emilia Luther, con la intención de no dejarla desprotegida. (Más tarde, dos años después de su muerte y uno después de la muerte de su mujer, los Luther herederos del pinar, intentaron lotear sus hectáreas. Y el intento fue detenido por la municipalidad.) Gessell el Viejo falleció en Buenos Aires el 6 de junio de 1979. Y fue enterrado el 8 en el cementerio local. El 8 de junio también, pero en 1900, había nacido su primera esposa, Marta Tomys, madre de sus hijos. Estos dos 8, las 88 preguntas que debió responder durante el juicio y sus años, 88, quizás permitían inferir coincidencias numerológicas y encajes astrales. Pero también, si nos dejábamos guiar por las casualidades y la superstición, era porque Nando y yo, ese lunes soleado después de tanta tormenta, estábamos en el cementerio de la villa, con Dorrego, su cuidador.

Si al principio Dorrego estuvo reticente, al tercer cigarrillo que prendimos bajo la sombra de un pino, ya había empezado a contar y contar. Se encontraba a gusto contando. Contaba una historia y otra. Y después volvía sobre la anterior, corrigiéndola, puliendo la memoria, buscando una fidelidad con los hechos, que no era tal vez sino fidelidad con lo que él, este hombre de sesenta años, pensaba que eran los hechos. Y uno podía pensar entonces en el paternalismo y el despotismo de aquel hijo de alemanes que pretendía que sus peones consultaran enciclopedias y manuales de agricultura. Pero no Dorrego, que había sido su peón desde los quince años. *Un buen patrón,* había dicho Dorrego. Y también *mis hijos me dicen siempre. Cómo vos, papá, que conociste tanto a don Carlos y nadie viene a preguntarte. A todos le preguntan menos a mí.*

—Y otra vuelta, cuando Don Carlos era ya viejo, tenía un perrito blanco —siguió Dorrego—. Y el perrito andaba alzado detrás de la perra de un capataz. Y un buen día desapareció el perrito. Y Don Carlos lo mandó al capataz que lo buscara. Pero el perrito no aparecía por ninguna parte. Y el capataz dale buscar. Y nada. Durante unos días buscó. Y Don Carlos no le daba respiro. Hasta que el capataz le vino con el perrito, que estaba enterrado entre unos matorrales. Nosotros, de lejos, lo vimos pasar a don Carlos con esa cosa blanca en los brazos. Qué lleva Don Carlos, nos preguntábamos. Un chico lleva. Qué iba a llevar un chico, si Don Carlos no era de llevar chicos en brazos. Era el perrito. Se lo habían matado a tiros. Un peón, parece, había sido. Y Don Carlos se fue para lo del peón. Y le dijo que a la mañana siguiente no tenían que estar más en su propiedad. Era bravo Don Carlos cuando se enojaba. Le pagaba a uno lo que le debía. Contado fulminante, decía. Y uno tenía que irse. Más le convenía. Y así fue con el peón y su mujer. Ahí nomás tuvieron que sacar las cosas porque Don Carlos les empezó a tirar abajo la casa. Y esa noche tuvieron que dormir con las estrellas. Pero a la mañana siguiente alguien le fue con el cuento de Don Carlos que el que había matado su perrito había sido el capataz. Cómo se puso Don Carlos. Y a la mañana siguiente el que se tuvo que ir fue el capataz. Y Don Carlos se fue para lo del peón y le pidió disculpas. Y le levantó una casa nueva. Mejor que la que tenían.

Dorrego empezaba a contar despacio cada historia. Pero después, cuando ya había arrancado, se apuraba, como si temiera que la memoria pudiese volarse con el viento tibio que agitaba las ramas del cementerio. Y dijo, después de una pausa, como si la historia que venía ahora fuera mejor que las anteriores.



—Otra vuelta se enteró que Pinciroli, el ferretero, había traído jaulas y tramperas. Y fue, se las pagó, y las tiró todas al medio de la calle, que entonces era de tierra y arena. Y se puso a pisarlas, gritando: en mis dominios los pájaros vivirán siempre en libertad. Eso dijo. Y la vez que se enteró que la mujer de un peón tenía una cotorrita en una jaula. Se apareció por la casa y la encaró a la mujer. Ella le dijo que la cotorrita era de la nena, que jugaba con la cotorrita. Y Don Carlos le preguntó si le gustaría que la tuvieran presa. Los chicos tenían que jugar con otras cosas, le dijo. Y le mandó soltar la cotorrita. Y al otro día Don Carlos volvió a la casa con una muñeca de regalo para la nena.

Era casi mediodía. Podíamos sentir el sol calentando el cementerio.

—Y del vinagre de manzana con miel que tomaba, les dije. Ni alcohol ni tabaco podía haber frente a Don Carlos. Si a uno le descubría el paquete de cigarrillos se lo sacaba y cortaba los cigarrillos uno por uno. Para qué quiere morirse, Dorrego, me decía. Pero Bubi sí tomaba y fumaba. Lo que quería Don Carlos a ese muchacho. Era muy bueno, Bubi. Una vez que estuve enfermo me vino a visitar y tomamos unas copitas de coñac. Con Bubi éramos amigos. Me prestaba dinero. Y siempre nos tomábamos unas copitas. Lo quería mucho al padre. Pero Don Carlos lo regañaba. Y lo echó. Una pena que murió Bubi. Una pena cómo murió. Pero no quiero hablar de más, le dije.

Y ahora que era casi mediodía el calor había empezado a condensarse. Parados a la sombra de ese pino podíamos sentir que hoy era un perfecto día de playa. Y a lo lejos, más allá de los árboles entre las tumbas y los alambrados, se insinuaba la elevación amarilla de los médanos. Había pájaros en las copas. Y su murmullo hacía más profundo el silencio del lugar, las fracciones verdes con sus lápidas y las más recientes con su tierra arenosa revuelta y una cruz de madera provisoria.

—Los únicos que vienen a verlo a Don Carlos son la Juanita y Don Soria —dijo Dorrego—. Ellos sí son de venir, traerle flores y cuidarlo. Pero los otros hijos no. Desde que lo enterraron, creo que no han vuelto por aquí. Pero la Juanita y Don Soria vienen y mantienen la tumba del papá.

Pensativo, Dorrego miró hacia abajo, hacia el césped que había estado recortando en los bordes del camino.

—La tierra se hizo para nosotros —dijo—. Cuando me muera quiero estar en la tierra —y se volvió hacia los nichos—. Son más caros, más lujosos, las gentes los paga más. Pero a mí déjenme en la tierra —y señaló—. Ve esas chimeneítas en el techo de los nichos. Por ahí salen los gases de los muertos. Sueltan eso los muertos, la pudrición. Y uno la respira, aunque no se dé cuenta. Se le mete adentro a uno toda esa emanación por más que estemos en el campo. Eso anda en el aire. Y digan que no, pero uno lo traga.

Dorrego entrecerró los ojos para pitar el cigarrillo. La última pitada. Tiró el pucho a un lado. Expulsó el humo y se lo llevó el viento.

—A mi esposa la tengo allá adelante —dijo—. Y cuando me toque, quiero estar con ella.

Después, con un gesto, reforzó lo que pensaba: levantó la pala mocha y la volvió a clavar en el pasto con un chasquido.

—Yo soy de la tierra —dijo—. Todos somos de la tierra.

Villa Gesell, enero de 1992

Bibliografía:
El domador de médanos, *Dante Sierra, 1969.* La historia de Villa Gesell, *Omar Masor, 1975;* Carlos I. Gesell, su vida, *Rosemarie Gesell;* Planes reguladores urbanos 96-61, *José M. F. Pastor y José Bonilla, Municipalidad de General Madariaga, 1961;* y El país de las estancias, *Yuyú Guzmán, 1983.*

JUEGOS

ENIGMA

Eso fue lo que propuso nuestro amigo Phil Mando, fervoroso admirador del realizador John Ford.
Aceptemos antes su desafío y deduzcamos juntos algunos datos de "Qué verde era mi valle" y de los otros cuatro films.

		AÑO					ACTRIZ					ACTOR				
		1935	1936	1939	1941	1947	Del Río D.	Grahame M.	O'Hara M.	Stuart G.	Trevor C.	Baxter N.	Fonda H.	McLaglen V.	Pidgeon W.	Wayne J.
FILM	"El delator"	X												X		
	"El fugitivo"					X	X									
	"La diligencia"			X												
	"Prisionero ..."		X							X		X				
	"Qué verde ..."				X											
ACTOR	Baxter W.		X							X						
	Fonda H.					X										
	McLaglen V.	X														
	Pidgeon W.				X											
	Wayne J.			X							X					
ACTRIZ	Del Río D.					X										
	Grahame M.	X														
	O'Hara M.				X											
	Stuart G.		X													
	Trevor C.			X												

FILM	AÑO	ACTRIZ	ACTOR

1. Victor McLaglen, que no fue pareja en estos films de Gloria Stuart, actuó en la película filmada en 1935.
2. En "El fugitivo", rodado en 1947, Dolores del Río era la hermosa protagonista femenina.
3. Claire Trevor era la pareja de John Wayne.
4. Maureen O'Hara actuó en el film de 1941. El film no fue "La diligencia" ni su pareja Henry Fonda.
5. "Prisionero del odio", con Warner Baxter, fue filmada después que "El delator" pero antes que "La diligencia".

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Conforme a la letra		Nombre de mujer	Estío (pl.)	Querer, estimar	Aupar, ayudar a levantarse	Rústico (fem., pl.)		Chacó de fieltro	
Limpia con agua									
Lo mismo					Elemento para burilar	Imagen sacra ortodoxa		Cocía a las brasas	
Clavillo para ajustar la cincha (pl.)									
		Ave zancuda (pl.)							Dios del hogar
Licor de la melaza				Arbusto rosáceo					
		Daba su opinión							
Artículo deter. (masc., pl.)				Cubrir con losas					

AYUDAS: Arucos, Tarabitas

SOLUCIONES

L A V A ■ U P A R
I D E M ■ ■ A ■ O
T A R A B I T A S
E ■ A R U C O S ■
R O N ■ R O S A L
A ■ O P I N A B A
L O S ■ L O S A R

"El delator", 1935, Margot Grahame, Victor McLaglen.
"El fugitivo", 1947, Dolores del Río, Henry Fonda.
"La diligencia", 1939, Claire Trevor, John Wayne.
"Prisionero del odio", 1936, Gloria Stuart, Warner Baxter.
"Qué verde era mi valle", 1941, Maureen O'Hara, Walter Pidgeon.

5329